

representar á la compañía de Sada Yacco, el espíritu cruento que anima al arte, reflejo de las costumbres) nos autorizaban para creer que en un período de guerra no sería el pueblo japonés menos sanguinario de lo que han sido y son grandes naciones occidentales. Y tiene que causarnos sorpresa grata y profunda la humanidad que demuestra, el proceder absolutamente europeo, aunque no frecuente en Europa, con que aparece sellada su conducta, prueba inequívoca de que no hay progreso material divorciado del moral, y que al inventar cañones, fusiles, pólvoras, torpedos, al aprender á manejar máquinas é ingenios de destrucción y horror, también se aprende á usar todo eso como usa el bisturí el cirujano, y á respetar, pasado el momento de la conflagración, la vida y la seguridad de los contrarios.

Los rusos, en cambio, notifica el telégrafo, están ahorcando á más y mejor chinos y kunguses. La sogá, que en la actualidad no se dedica á suspender y dar baño de aire á los nihilistas, ni se enrosca en forma de knut á los lomos de los reos (me advierte la memoria que el knut es generalmente de tiras de cuero, pero de cuerda los hay también, si no me engaño); la sogá, digo, por no estar ociosa, ahora cuelga racimos de asiáticos. No caerán, de seguro, los japoneses, que tales indicios de cordura nos dan, en la maldita tentación de las represalias.

Una noticia que parece indiferente me ha sumido en meditaciones bastante compungidas. Es la de una venta de oro, de monedas de oro, que anuncia con todos los perendengues y fórmulas el Banco de España. El oro ha llegado á ser cosa tan rara, meritoria, singular, del lado acá de los Pirineos, que ya se vende en pública subasta, con pliegos de proposición, al mejor postor, como podría venderse una finca de gran rendimiento ó una joya de extraordinaria valía. Es operación comercial como otra cualquiera—me aseguran—esa venta de monedas de veinticinco. Así será, y no me alarma el hecho de vender un centén de oro, sino lo que indica del estado de una nación donde la moneda pasa por tales vicisitudes. Y no hay sanatorio que la sanee, ni aún que la alivie un poco de su dolencia. El cambio sube, sube, y la relación se hace doblemente difícil, pues á pretexto del cambio, sufren encarecimiento hasta los artículos que no dependen del cambio. Esta anomalía debiera llamar la atención de los estadistas. La carestía es otra enfermedad, otra infección como la de la moneda, sólo que todo el mundo la padece; mientras la subida de los francos puede ignorarse en las aldeas, en los pueblecillos, entre las clases modestas. La miseria es muy grande, verdaderamente aterradora, en las gentes que viven de su trabajo. Acercándose á ellas, se ve la extensión de tan devastadora plaga. En la mayor parte de las casas pobres no se respira aire, no se pone todos los días el puchero á la lumbre, no hay cama para que duerman los hijos, la substituye un rollo de trapos echado en el suelo; la ropa falta, el aseo es un bien desconocido, el alcohol reemplaza á la carne; sencillamente porque la carne no está al alcance de la bolsa.

De esta carestía que depaupera la raza, de esta carestía, queja constante de las madres de familia obreras, no son responsables solamente los cambios: no por cierto. A los consumos habría que achacar una parte de culpa; otra, á la poco inteligente organización de las Instituciones de previsión y ahorro, al completo desconocimiento de los sistemas de cooperación, en otras naciones tan beneficiosos para los trabajadores, porque suprimen intermediarios. No debe omitirse que el trabajo está paralizado, y que, habiéndose querido aquí que todo lo hicieran los aumentos de jornal y la reducción de horas de trabajo, sin fiar nada á las fuerzas benéficas de carácter cooperativo, el capital se ha retraído tanto más gustoso cuanto que él tampoco es nada inteligente, y sólo anhela que lo dejen dormir.

¿No decíamos que en Rusia holgaba esta temporada la sogá, dedicada á apretar nueces chinas? Pues me desdigo. Ahora mismo, con la bandeja del desayuno, me presentan un periódico y leo en la sección telegráfica la estremecedora nueva de que en Varsovia han sido ahorcados 600 revolucionarios y fusilados muchos más.

Y sin embargo, la paz reina en Varsovia. No es Varsovia Puerto Arthur.

El Jurado es entreverado y á listas, una negra, otra blanca. Hay ocasiones en que demuestra sensatez y misericordia en sus fallos, hay otras en que no hace sino confundir la justicia con la impunidad más absoluta.

Días atrás, en mi tierra, compareció ante el Jurado una pobre mujer, deshecha en lágrimas, acusada de haber raspado un apellido en una cédula de vecindad

para eximirse de satisfacer este no muy leve impuesto. Por tal delito la querían enviar un año y varios meses á galeras, aquí donde, por haber torturado concienzudamente toda la vida á otra mujer, pareció exceso de castigo ir á presidio veinte y pico de años. El delito de la raspadora de cédulas, á mi juicio, diga lo que diga el termómetro del Cóigo, bien castigado iría con quince días de cárcel ó con multa, no de las más fuertes. Porque lo que se hace bajo el estímulo de la necesidad, no es asimilable á lo que se hace por maldad y depravación. El Jurado, afortunadamente, pensó como yo en este capítulo, y no pudiendo aplicar pena proporcionada, no aplicó ninguna. La mujer salió á la calle. No merece el fisco que se le defienda con tanto rigor.

Reverso de la medalla: la absolucón, no menos libre, del Tetrarca, Oteló, ó como ustedes gusten llamarle, que despachó á su esposa al otro mundo de dos tiros de pistola; hecho probado hasta la saciedad, por más que, merced al, en mi concepto, absurdo sistema de preguntas y respuestas que caracteriza al enjuiciamiento por Jurado, resulte que no hubo tales disparos y que por lo visto Bernabea Iglesias se murió de la gripe.

Ya sé lo que significa el aparentemente anómalo no del Jurado; su sentido y alcance, no digo en este caso, en general, pudiera resumirse en estas palabras francas: «Nosotros, maridos, dueños, según nuestro criterio, de la vida de nuestras consortes, no queremos que este varón, que ha exterminado á una hembra porque tenía celos, y celos que tomaron forma homicida, pague su atentado como lo pagan otros criminales.» Repito que no acuso, que no personalizo, pues necesitaría para hacerlo estudiar detenidamente ese proceso; lo que aseguro es que de veinte juicios semejantes, en diez y nueve absuelve por boca del Jurado la idea sálica, el derecho viril. Y reclamo con urgencia, para cuando advenga un asomo de equidad social, los Jurados mixtos.

La profunda desanimación que se advierte en las Cortes, será fenómeno compensador de la animación creciente de los meetings, forma de expresión de opiniones que todavía entre nosotros no ha salido de la esfera política para entrar de lleno en la utilitaria, que es la más simpática y la que prestaría verdaderos servicios?

Las Cámaras dormitan. Los maceros, soñolientos, bajo su birrete de guardarropa, dan cabezadas. El calor deja desiertas las tribunas. En los pasillos no se escucha el habitual zumbido de colmena y las pisadas precipitadas. El banco azul rara vez se ve completo. A la puerta de la calle de Floridablanca no estacionan coches. Soledad. Presupuestos, leyes sobre alcoholes, actas, incidentes sosos y fríos... Este teatro no divierte.

El sucedido siguiente demuestra que los animales poseen una sensibilidad filarmónica que para sí la quisieran algunos racionales, que ó tienen pervertido ese sentido, ó son sordos voluntarios.

Es el caso que en la calle de Calderón de la Barca, á las seis de una serena y hermosa tarde de este mes primavera, un jinete que pasaba á trote corto se paró, tentado del demonio de la ignorancia, el que más tienta por ahí á la gente, al lado de ese instrumento de suplicio que se llama un piano de manubrio, y arrió cincuenta céntimos en concepto de retribución por el recreo de la sonata que el organillero era en deber ejecutarle. Y para que se pueda asegurar que dijo muy bien Ruiz Aguilera cuando dijo que cada hombre es autor de su destino, el temerario *gentleman rider* encargó al atormentador que tocara justo, justo, en el mismo hueco de la oreja de su montura.

La oreja escribí, y no fui exacta; así como del jinete podía afirmarse que sólo tenía orejas, del generoso bruto (del caballo, por si no me entienden), afirmo sin reparo que es oído lo que poseía. ¡Apenas lo ha probado el noble animal!

Como que, aun no bien arañaron el aire las primeras secas, agrias notas del tango del *Cangrejo*, se estremeció, dilató las fosas nasales, tembló con todos sus miembros, y en vista de que el martirio no llevaba trazas de cesar, se recogió, hizo partir el resorte, y arrió al piano mecánico tan soberano par de coces, que le rompió la piel de madera y le despedazó las entrañas de metal. Después, no creyendo aún cumplida la justicia, dió un corcovo de esos que desarzonan á un centauro y envió á su jinete á dos metros de distancia, donde quedó yacente, con los desperfectos y quebrantos que es fácil presumir. El verdugo público, ó sea el organillero, echó á correr y pienso que aún corre, tal fué su terror y el grito de su conciencia cargada de remordimientos al observar cómo los animales revelan más cultura estética que las personas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé hasta qué punto son rigurosamente exactas las noticias de la guerra ruso-japonesa; y mi duda reconoce una causa que prueba cuánto se halla arraigada en el pecho la desconfianza de lo bueno y el convencimiento de lo malo. Al considerar de cerca los actos humanos, salta á la vista la dura ley que los rige, y en la mayoría de los casos, el vaho acre de la maldad asfixia. Leed los relatos más serios, más autorizados, de alguna de las guerras que registra la moderna historia de estos últimos tiempos, cuando parece que ha realizado progresos definitivos y brillantes el espíritu humanitario y el derecho de gentes, y no registraréis sino larga serie de atropellos, de rasgos de ferocidad, de crueldad y barbarie, el instinto desatado, el brutal impulso de hacer daño, destruir, matar, unas veces por necesidad terrible, otras sencillamente porque se han desatado las inclinaciones de suyo malas de la especie, y sin freno ni valla se precipitan arrasando. De la guerra franco-prusiana se han escrito relaciones y estudios muy imparciales, documentados, que pueden hacer fe, y pone los pelos de punta comprobar qué linaje de peligrosa fiera se oculta bajo la piel blanca del hombre. Y por eso, al leer en los telegramas y correspondencias que transmite la prensa la clemencia, la consideración, la dulzura con que los japoneses tratan á sus prisioneros; cómo les curan, cómo les dan alimento, cómo les dejan libres sin exigirles (reminiscencia de otras edades) la caballeresca palabra de honor, no se me ocurre sino esta interrogación afanosa: «¿Serán exactas semejantes gratas noticias?»

Si hay algo que se haya elevado á la categoría de axioma, es la natural crueldad de la raza asiática. Dicen que, no sintiendo ellos con gran intensidad el dolor físico, han refinado las formas y modos de dar tortura, para forzar, por decirlo así, la sensibilidad, y hacer tremendo el castigo de los criminales ó la venganza que del enemigo se toma. Octavio Mirbeau, escritor francés de bastante nombre, en una de sus novelas, titulada *El jardín de los suplicios*, describe de una manera que crispa los tormentos ingeniosos, artísticos y diabólicos que se estilan en China, y que él considera especialidad delicadísima y habilidad peculiar de la raza amarilla. Hay quien cree que la imaginación de Octavio Mirbeau ha ido más allá de la realidad, y que algunos de los martirios que cuenta son pura invención suya; pero aun descontando el elemento novelesco, sabíamos ya por los relatos de viajeros y misioneros, por la misma lectura de la historia sinense, que allí se corta en diez mil pedacitos, se asiera viva á la gente, se arrancan las uñas, se devanan los intestinos, con otras varias dulces y benignas formas de abrir las puertas del reino del reposo—según ellos llaman á la muerte.—El Japón no es la China; harto sabemos si ha avanzado al vapor por el camino de la civilización occidental; sin embargo, las afinidades y consanguinidades étnicas, lo reciente de la práctica de atrocidades penales (recuérdese el suplicio de los mártires cristianos, relativamente reciente; estúdiense, en el teatro japonés, que hemos visto